



AMAZONAS

HERMANAS EN LA BATALLA

Margarita Basi

AMAZONAS

HERMANAS EN LA BATALLA



Primera edición: febrero de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Margarita Basi

ISBN: 979-13-87612-46-7

ISBN digital: 979-13-87612-47-4

Depósito legal: M-3207-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Mi más profundo agradecimiento y admiración para conmigo misma.
Durante doce años reescribí una y otra vez esta historia aprendiendo y
creciendo con ella como hubiera hecho una verdadera amazona.*

ÍNDICE

CAPÍTULO I PRIMERA LUNA LLENA.....	11
CAPÍTULO II LA SANGRE DE LOS ESCITAS.....	35
CAPÍTULO III JUEGO DE INTENCIONES.....	69
CAPÍTULO IV LA VERDAD OCULTA	81
CAPÍTULO V SEGUNDA LUNA LLENA	105
CAPÍTULO VI NUBES NEGRAS.....	133
CAPÍTULO VII LA TRAMPA.....	151
CAPÍTULO VIII VENGANZA	173
CAPÍTULO IX CUARTA LUNA LLENA.....	187
CAPÍTULO X EL PACTO	199
CAPÍTULO XI PRUEBA DE CONFIANZA.....	209
CAPÍTULO XII LA IRA DE SKYLURUS.....	221

CAPÍTULO I

PRIMERA LUNA LLENA

(En algún lugar de la estepa al norte del mar Negro, siglo VIII a.C.)

Cuando el pájaro de la noche cantó, supo que había llegado la hora. Se deslizó en silencio bajo las pieles que la cubrían. Tomó el peto de cuero, los correajes, la espada corta y abandonó la tienda. Su madre dormía, pero era consciente de que, si llegaba a descubrir su aventura, nada ni nadie podría evitar un terrible castigo. Caminó descalza entre las tiendas y se dirigió hacia el puesto de vigilancia en donde su amiga cubría la guardia.

—No sé si eres valiente o imprudente —susurró Danae cuando la tuvo cerca.

—Debo hacerlo. Quiero saber qué se siente. ¿Has traído a mi yegua?

—Está ahí mismo, junto al árbol de las ofrendas. —Señaló hacia el interior del bosque.

Sínope posó su mano sobre el hombro de la vigía como muestra de agradecimiento y, tras escudriñar los alrededores, se apresuró hacia la primera línea de árboles. Al llegar, se detuvo y volvió la vista atrás en un último intento de asegurar su discreción. En el poblado todo parecía seguir en calma, las brasas de una hoguera apenas teñían de rojo pálido la superficie de algunas tiendas. Se

ajustó el peto sobre la túnica que vestía y apretó la correa que sujetaba la vaina de su espada corta. No llevaba consigo más armas. Alcanzó el árbol de las ofrendas, el roble más anciano que se podía encontrar cerca del poblado, en donde oraban a la madre tierra y ofrecían libaciones en busca del favor de los dioses. Respiró profundamente la húmeda fragancia de las nuevas hojas nacidas con el equinoccio. Aure, su yegua, la recibió con una sacudida de su cola trenzada. Para tranquilizarla, apoyó la cabeza sobre la frente del animal mientras le acariciaba el lomo con suaves palmadas. De un salto montó sobre ella y, al instante, todo se transformó. El contacto con la piel de Aure la revitalizaba y hacía sentir poderosa. De niña la vio nacer y enseguida se encaprichó de aquel potrillo de piel terrosa y mancha blanca a la altura del pecho. Habían crecido juntas correteando por la pradera como un ser único y ahora, recién convertida en una mujer, la sensación de montarla y de escapar para conocer otras realidades, otros mundos diferentes, se había transformado en una ambición que necesitaba compartir con ella.

Salieron del bosque al paso y, en cuanto tuvo la inmensidad de la estepa ante sí, giró las riendas y espoleó a Aure en dirección hacia la puesta de sol. La luz del astro bañaba la pradera con un bello contraste de claroscuros entre herbazales y matorrales bajos. El contorno de la vegetación se definía lo suficiente como para aumentar el trote y Sínope, sujetándose con fuerza a la crin del animal, se abandonó al éxtasis del galope en aquel paisaje de belleza mortecina, dejando que el placer de la primera escapada nocturna fluyera en su interior con la intensidad con la que se viven las experiencias prohibidas.

Habían recorrido tres leguas cuando alcanzaron el bosque que rodeaba el lago de aguas azul cielo y decidió dar un pequeño reposo a su montura. Se apeó y dejó que Aure bebiera en las aguas mansas mientras ella contemplaba el reflejo plateado que resplandecía como una serpiente hasta la orilla opuesta. Fascinada, concluyó que el mundo era hermoso y feliz. Disfrutaba de buena salud y se sentía a salvo entre su pueblo; ser una amazona significaba

convivir, dedicar la vida en beneficio de la tribu y cuidar las unas de las otras como hermanas. Solo en ocasiones, algunas sombras cruzaban sus pensamientos como jirones de nubes en una noche espléndida como aquella. Y se hacía preguntas. Y las respuestas no la complacían por completo. Las comprendía, incluso las asumía, pero, cuando pensaba en las consecuencias, todo se le venía abajo como rocas desgranadas en una pendiente.

El ulular de un ave nocturna le recordó que estaba importunando la caza del gran búho gris. Tomó las riendas y avanzó por la orilla recorriendo el contorno del agua. Sabía que en algún momento la pradera se abriría de nuevo hacia el oeste, oculta tras la densa vegetación del cañaveral y de los árboles de ribera. Decidió montar de nuevo sobre Aure y avanzar más deprisa; debía regresar al poblado antes de que despuntara la claridad del alba y su empeño aquella noche consistía en adentrarse más allá del lago de aguas azul cielo, porque nunca había estado tan lejos. Ya no era una niña y aquel era el propósito en su primera noche de luna llena como mujer libre: escapar de la seguridad del poblado y adentrarse en el misterio de lo desconocido al abrigo de las sombras; eso y la emoción que suponía exponerse y superar la prueba, lo mismo que crecer, convertirse en mujer y aprender a tomar las propias decisiones.

La tribu a la que pertenecía estaba compuesta únicamente por hembras. Desde niñas aprendían el arte de la guerra, de la agricultura y del pastoreo, y a sacar el máximo provecho de todo cuanto ofrecía la madre naturaleza, simbolizada en el árbol de la vida y en Artemisa, la diosa de los animales y de la caza. No había separación de tareas, sino que se turnaban en el reparto del trabajo, de manera que terminaban por conocer todos los oficios; aprendían unas de otras y contribuían como un único ser a la supervivencia del grupo. Compartían la educación, la defensa, el cuidado y atención de los recién nacidos, la fabricación de armas y enseres, la elaboración de ropa y calzado, y esa responsabilidad común las hacía fuertes y capaces de continuar adelante generación tras generación, desde los tiempos en que las leyendas narraban sus orígenes. Pero nece-

sitaban al hombre. Sin un varón no podían procrear y, llegado el primer sangrado, debían ser iniciadas en el conocimiento del propio cuerpo, en el placer que se puede obtener de él y en el potencial de fertilidad que mantiene el ciclo de la vida. Sin embargo, también eran instruidas en la maldad que habita en el corazón de los hombres y en cómo librarse combatiéndolos hasta la muerte, si fuera necesario, para defender su forma de vida como mujeres libres. Y esa circunstancia, precisamente, era la que Sínope no terminaba de asimilar. Ansiaba haber sido iniciada ya por su madre, Martesia, aprender los conocimientos y los argumentos para intentar comprender y aceptar esa realidad como hacían todas las demás; de lo contrario, ¿cómo podría aceptar la responsabilidad que algún día recaería sobre ella?

Y la gran estepa, al fin, se abrió de nuevo ante sus ojos. El lago dejaba paso a una vasta extensión de praderas, con pendientes suaves y pequeños bosques dispersos que salpicaban el horizonte como oscuras motas. El ansia de libertad que la había llevado hasta allí se apoderó de su espíritu y la excitación que la embargaba contagió a Aure, que se lanzó a la carrera a través de aquel paisaje de tonos plateados. Cabalgaron en dirección oeste hacia una pequeña elevación del terreno que se divisaba en el horizonte, dejando atrás inmensas extensiones de pasto, de bosques densos cuyos árboles se agrupaban para resistir el envite del viento del norte, de colinas de escasa pendiente que invitaban a seguir cabalgando, impulsadas por un ímpetu desconocido y poderoso, bajo el influjo del astro de la noche, leguas y leguas superando incluso al viento, a las tinieblas, al mismo temor. Entonces, febril por la aventura de su escapada, Sínope decidió aumentar la intensidad de su agitación. Deshizo el correa de su peto sin detener el frenesí de la carrera y se desprendió de él, después desató el nudo que unía la túnica sobre su hombro izquierdo y la prenda quedó sometida al viento como un estandarte de libertad bajo la luz de la luna. Y fue en aquel instante, con el torso desnudo y los brazos en cruz, cabalgando al galope a lomos de su fiel compañera Aure, cuando sintió algo profundo e

íntimo, tan intenso como desconocido, que le arrancó un aullido de placer hacia la inmensidad de un mundo que la contemplaba imperturbable ante sus emociones.

—¡Oídme, jaurías de lobos hambrientos! ¡Osos y ciervos, oídme! ¡Soy Sínope, hija de Martesia!

Extasiada por la experiencia, jadeando y casi sin aliento, detuvo la carrera junto a la linde de un bosque. Llenó de aire sus pulmones y dejó que Aure hiciera lo mismo resoplando con insistencia por sus dilatadas fosas nasales. La sombra de los árboles se proyectaba hacia ellas. Sentía la sangre correr por sus venas, la vida estallar en su interior para desatarse en un sinfín de deliciosas sensaciones. Una sombra se movió. La noche era su aliada y creía ser capaz de cualquier cosa, de superar las pruebas más difíciles, de llevar a su pueblo hasta nuevas y frescas llanuras. Respiraba con premura, aspirando y absorbiendo los aromas que desprendía la estepa, dejando que la diosa de la tierra se filtrara en su interior como una pócima alucinógena. Cuando lo vio, la respiración se le cortó en seco y el corazón se le aceleró todavía más.

Frente a ella, a menos de un tiro de piedra, entre las sombras, había un guerrero escita a caballo.

En un acto reflejo, llevó la mano hasta la empuñadura de la espada para repeler el ataque del que era considerado, junto con los griegos, el peor enemigo de su tribu. La túnica le impidió asirla con rapidez y tuvo que apartar el tejido para poder sujetarla con firmeza. El pulso se le había disparado, el pecho le temblaba y jadeaba expectante por el peligro inminente. Se mantenía erguida y todo lo inmóvil que era capaz. Aure, ajena a la situación, bajó la cabeza para arrancar algunos brotes. Al escaparse las riendas de sus manos, Sínope supo que no podría salir al galope sin perder el equilibrio; además, su yegua no estaba fresca. El guerrero tampoco se movía, sin embargo, no mostraba temor ni intención inmediata de ataque; permanecía quieto como una roca mientras la miraba con unos ojos oscuros, apenas perceptibles. Se hallaba en mitad de la nada a merced de aquel bárbaro, y entonces comprendió lo

imprudente de su acción. Recordó las palabras y advertencias de su madre, la prohibición de salir solas del poblado, y ahora, tal vez demasiado tarde, lo comprendía. En aquel momento hubiera dado todo cuanto poseía para que alguna de sus compañeras apareciera en su auxilio. Pero estaba sola y la vida la ponía a prueba. Con el corazón a punto de salirse por la boca, procuró mantener la serenidad y la mirada firme. Sentía cómo la cabeza le temblaba con cada latido y era consciente del esfuerzo que hacía por mantener la rigidez de su cuello. Aure resopló y dio un paso adelante mientras ella dudaba sin saber qué hacer. Razonó. No podía escapar porque se convertiría en una presa fácil y tampoco podía defenderse porque nada más traía consigo la espada corta y se había desprendido de la coraza. Tomó conciencia de que estaba desnuda y un extraño calor le encendió las mejillas. Solo podía mantener la guardia y esperar que el escita desistiera de cualquier maniobra violenta. Su única posibilidad, pensó, era mantenerse en vilo, presta para repeler cualquier ofensiva, mientras observaba con firmeza a su adversario. En aquel momento, el guerrero avanzó despacio, abandonó la sombra que proyectaban los árboles y quedó expuesto a la claridad de la luna, muy cerca de ella. No parecía nervioso ni tampoco hostil, por el contrario, mostraba las palmas de las manos abiertas y en alto en señal de paz. Se aproximó a tan solo unos pasos, apenas a un golpe de espada, y entonces pudo observarlo con más precisión. Se trataba de un joven guerrero de brazos y piernas robustas que una corta túnica dejaban al descubierto. Su pelo era largo y oscuro, pero su cara estaba limpia como la de un niño. Las facciones eran suaves, no parecían curtidas por la intemperie, por lo que dedujo que no sería nómada. Iba ataviado con una coraza de cuero y fieltro remachada con planchas de metal, algunas de las cuales tenían relieves representando figuras de animales. Entre su cuerpo y el del caballo había una piel que parecía ser de lobo, de la que colgaban unas correas en las que reposaba los pies. De su cinturón pendía una espada de doble filo que mediría medio cuerpo, un hacha y un carcaj repleto de flechas junto con el arco. Entreme-

dio, decenas de jirones de piel como si fueran trofeos o recuerdos de caza. Llevaba un calzado que parecía de piel de conejo, anudado alrededor de los tobillos con tiras que ascendían por la pierna hasta la altura de las rodillas. De todo el atuendo, un detalle llamó su atención por encima del resto: el collar que adornaba su pecho. Se trataba de una joya, un medallón pulido con el relieve de un hacha de doble filo en el centro. Debía de ser muy valioso, pues refulgía como el oro incluso a la luz de la luna. Le recordó vagamente una pieza de plata que su madre guardaba en algún lugar. Después de examinarlo, Sínope se relajó y bajó la guardia porque percibió que el vientre le temblaba como una hoja sometida al viento de otoño.

El guerrero escita la miraba con detenimiento. Permanecía rígido y quieto sobre el caballo, a muy corta distancia de ella, hasta que, alzando un dedo, señaló a su espalda en dirección al bosque. Sínope temió lo peor, que el guerrero no estuviera solo y que sus compañeros no fueran tan pacíficos. Por unos instantes, se planteó obligar a Aure a retroceder despacio, pero el escita imitó con sus manos el movimiento de unos jinetes y después señaló hacia el lugar de donde ella procedía. Comprendió que la estaba avisando de algún peligro. Discurría qué hacer cuando el joven se agachó y tomó las riendas de Aure para acercárselas. Al tomarlas, Sínope rozó sus manos y un escalofrío le recorrió el cuerpo. A continuación, el guerrero hizo un gesto que la sorprendió. Se liberó del collar y se lo entregó con una mueca que le pareció más bien una tosca sonrisa, pero le gustó. Tenía una dentadura blanca y perfecta. Aceptó el presente y, muy lentamente, retrocedió unos pasos, giró a su yegua media vuelta y salió al trote corto. Agradecida y confiada, no volvió la vista atrás.

Poco a poco, su cuerpo recobraba la entereza. Se dio cuenta de que estaba tiritando de emoción y, en cuanto alcanzó el primer grupo de árboles, se ocultó tras ellos. Se anudó la túnica y esperó hasta confirmar que nadie la seguía. La luna superaba con creces el cenit y eso significaba que no lograría llegar a tiempo. De nuevo, lanzó a Aure a la carrera, pero esta vez con una sensación agridulce.

Varias jornadas antes, se había adentrado en busca de búfalos en los territorios del noreste acompañado por tres de sus criados. La grasa de aquel animal era muy apreciada por su pueblo y las astas adornarían su gorro algún día, cuando entrara en batalla. Llegado el momento, sabrían que él, Scylas, hijo de Skylurus, príncipe de la tribu de los sagaris, había conseguido abatir con sus propias manos al ejemplar más grande jamás cazado de aquella bestia de las estepas.

Se hallaban acampados en la ribera de un río a resguardo bajo un espeso y anciano bosque de álamos. Era una noche brillante y le apetecía salir a explorar adentrándose en dirección este, hacia donde nacía el sol, más allá de una pequeña elevación del terreno que se divisaba no muy lejos de allí. Anunció la decisión a su fiel Apfías y partieron cuando el astro de la noche alumbraba con todo su esplendor. Atravesaron el bosque y cruzaron una pradera bañada por la luz blanquecina. No era posible distinguir huellas en aquellas circunstancias, pero los ojos fulgurantes de una marta significaban un viaje al otro mundo para el portador de tan valiosa piel. Scylas sacó el arco de doble curva junto con dos flechas y, sin detenerse, al trote, tensó la cuerda y disparó a lomos de su caballo. Un grito agudo y repetido que auguraba un final agonizante confirmó su acierto. Apfías detuvo su montura, recogió la pieza y le asestó con el puño un golpe mortal.

—Tengo sed. Tráeme un odre con agua —ordenó Scylas.

Apfías obedeció a su dueño y regresó al campamento en busca del encargo. Scylas ascendió por una ligera pendiente hasta alcanzar el punto más elevado que se divisaba a muchas leguas a la redonda. Aun estando más allá de los límites de su territorio, le pareció extraño no reconocer el lugar, dada la frecuencia de sus escapadas para explorar y cazar a lo largo del extenso reino de Escitia. Pensó que tal vez la luna transformaba aquel paisaje, pues le resultaba difícil identificar el entorno y situar qué había más allá del horizonte. Con un toque suave, su caballo se deslizó colina abajo hasta alcanzar una zona boscosa. En lugar de rodearla, se aventuró en su interior por

si le favorecía la suerte y sorprendía a otro depredador nocturno, ya que eran fuente de pieles suaves y codiciadas. Más allá del sonido de los cascos de su caballo aplastando ramas y hojarasca no distinguió ninguna otra señal de vida, salvo un grito humano. Abandonó la espesura del bosque con precaución. Sus ojos se clavaron en un jinete, procedía del este y se acercaba hacia donde él se encontraba con los brazos abiertos en cruz. En otras circunstancias, lo habría descabalgado disparándole una flecha para descubrir después si representaba una amenaza, pero, atónito, desistió al confirmar que se trataba de una mujer desnuda. A medida que se acercaba, pudo apreciar que era una joven de cuerpo voluptuoso, pues sus pechos se movían al son del galope con una sensualidad que lo atrapó al instante. Se quedó estático, a la espera de acontecimientos. El galope del jinete disminuyó hasta detenerse muy cerca de él, tan cerca que habría podido acertar de pleno lanzándole el hacha, quizá también la espada corta. Realmente, era muy joven. No parecía una campesina, tampoco una mujer habituada a las labores domésticas. Estaba dotada de una complexión vigorosa y también de una cabellera alborotada de tonos brillantes. La curiosidad iba en aumento cuando ella se percató de su presencia y al instante amenazó con desenvainar la espada. Temblaba como un pajarillo en una red y se apreciaba el palpito de su corazón en la agitación de los senos, como si los sacudiera un tambor enardecido. La claridad resaltaba el contorno de sus formas femeninas y esa imagen lo excitó. Dejó que la situación siguiera su curso sin interferir en la magia del momento. Sus sentidos se mantenían atentos, por si la hembra viajaba en compañía, si bien le resultaba imposible separar los ojos de aquella visión celestial que, bañada por la luz de la luna, era una invitación a yacer. Decidió acercarse para examinarla mejor. Aquel bien de los dioses era como un cervatillo asustado, una hermosa ninfa de los bosques con aire combativo a la vez que temeroso. Alzó ambas manos ofreciendo las palmas abiertas, no quería asustarla, solo deseaba contemplarla más de cerca. Tenía un brillo especial en los ojos, ligeramente almendrados, y una mirada retadora en exceso valiente para su juventud. La

cabellera, caída por debajo de los hombros con suaves ondulaciones, era de algún color vivo, tal vez rojizo, que la noche no le permitía apreciar. La piel tersa, el tronco erguido y tenso, los senos altivos y desafiantes, a la vez que yemas sabrosas, provocadores brotes de placeres inimaginables. Conocía bien la leyenda de aquellas mujeres, había oído incontables historias sobre ellas a los mercaderes de las colonias griegas; las llamaban amazonas, mujeres guerreras que odiaban y combatían a los hombres. Su propia madre había nacido como una de ellas, aunque siempre vivió como una escita. De niña, cayó presa en manos de tratantes griegos y fueron los mismos sagaris quienes la rescataron de una caravana destinada a la esclavitud. Debían de ser unas hermosas salvajes, pero el ejemplar que tenía delante se comportaba más como una oveja descarriada que como una fiera, una hembra que mostraba más curiosidad y terror que ansia de entrar en combate. Durante un largo tiempo, ella lo estudió con detenimiento. Lo repasó con mirada atenta desde la cabeza hasta los pies y se entretuvo en el collar con el medallón que pendía de su cuello y que significaba el símbolo del clan de los sagaris, de sus ancestros y de la tribu entera. Ante aquel inesperado interés, Scylas decidió que volvería a verla. Señaló hacia el bosque que se abría a su espalda y después imitó con ambas manos el galopar de jinetes. Si comprendía que no estaba solo, daría la vuelta a tiempo y regresaría por donde había venido. Con toda probabilidad, si llegaba a tropezar con alguno de sus criados, no se mostrarían tan contemplativos y benévolos como él. Se inclinó desde su montura para recoger las bridas de la yegua y se las entregó con un movimiento pausado. El roce involuntario de sus manos generó una mirada de complicidad de la bella guerrera que lo incitó a tomar la iniciativa. Decidió que volverían a encontrarse y, como muestra de esa certeza, le entregó el collar que tanto había centrado su atención, el símbolo de su noble familia, y le dedicó una sonrisa amable. Mientras la amazona se retiraba a trote lento, su fiel criado apareció y le ofreció el odre de agua.

—¿Quién era? —preguntó.

—Un regalo de los dioses.

Apfias tensó el arco mientras apuntaba a la espalda desnuda de la mujer con la serenidad propia de un matarife.

—¿Qué desea que haga mi señor?

—Déjala vivir. —Scylas apoyó su mano sobre el brazo extendido del criado y lo hizo descender—. Fíjate en las huellas del caballo y mañana temprano sigues su rastro y averiguas de dónde procede.

—Tal como ordenas, así haré al romper el alba.

Scylas obligó a su montura a dar media vuelta convencido de que al día siguiente descubriría dónde se encontraba el campamento de las mujeres guerreras, y regresó al refugio del bosque de álamos mientras su criado se acomodaba en espera del amanecer.

El sol ya despuntaba cuando Sínope vislumbró el poblado. Aquella perspectiva desde la distancia siempre le proporcionaba un bienestar inconfundible, una agradable sensación de seguridad. Las formas y los colores cobraban vida a medida que se aproximaba. Se trataba de un emplazamiento ideal que cubría con eficacia las necesidades de la tribu. Situado sobre una leve pendiente, al norte estaba protegido por un bosque de robles, en el que habían hecho una tala selectiva en forma de medialuna para emplazar las tiendas, y al sur era flanqueado por un río poco caudaloso pero suficiente para el abastecimiento y el riego de los sembrados. Había tres puestos de vigilancia sobre los árboles, en el centro y en cada extremo de la medialuna, y dos atalayas de madera cubriendo el flanco sur. Las tiendas se construían a partir de un mástil central, a veces dos, sobre el que se apoyaban entre ocho y doce troncos menores enlazados y sujetos entre sí por cintas de mimbre. Una lona de cuero cubría la estructura en forma de cono y, sobre esta, una amalgama de barro, hierbas y hojas secas, le confería un aspecto mimético con el paisaje de la estepa. El poblado pasaba desapercibido, apenas asomaban en el paisaje las torres de vigilancias y, en cuanto eran reconocibles, el intruso quedaba prácticamente al alcance de las flechas. A pesar de evadirse en tales pensamientos,

Sínope era consciente de que no podría eludir su responsabilidad, y prueba de ello eran las tres hermanas amazonas que cabalgaban a su encuentro. Todavía peor le pareció no conseguir sacudirse la imagen del guerrero escita; una vivencia cuyo recuerdo la perturbaba. Cerró la mano y apretó con fuerza el medallón.

La capitana Eórpata detuvo la montura a su lado. Era, con diferencia, la más robusta y aguerrida de todas. Siempre dispuesta para la batalla, jamás se desprendía de su coraza de cuero y fieltro. Resultaba implacable con los enemigos, pero solidaria hasta la muerte con cualquiera de sus compañeras. Su mirada de preocupación mostraba a la vez un evidente reproche.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Lo estoy —afirmó Sínope dirigiendo su atención hacia el poblado.

—¿Está tu madre al corriente? —continuó.

Sínope negó con la cabeza mientras sus temores se acrecentaban.

—¿Dónde has estado? Sabes que debo informarla de esto.

—Tú no lo entiendes, Eórpata, y sé que mi madre tampoco, pero asumiré las consecuencias de mis actos por respeto a las leyes y a mis hermanas.

Eórpata dirigió la mirada hacia el oeste.

—No me has respondido. ¿Has visto a alguien? —añadió.

—He estado casi toda la noche cabalgando, más allá del lago de aguas azul cielo. Hacia el oeste, sí.

—De acuerdo. Ahora es muy importante que nos digas si has visto jinetes. Sabemos que hay una partida de escitas a media jornada de distancia.

Sínope tragó saliva. ¿Cómo explicárselo a la guerrera más vengativa de la tribu? Sabía de sobra que aquella mujer de facciones angulosas, cabello de oro y mirada azul no se lo perdonaría.

—Hablaré ahora mismo con mi madre. Quiero contárselo yo misma.

—Deja que primero la ponga en antecedentes. Es mi obligación. Pero antes, escucha, Sínope, hija de Martesia: si solo piensas

en ti, traerás la desgracia a quienes te quieren y te necesitan.

Eórpata ordenó con voz autoritaria a sus dos acompañantes que se dirigieran hacia el lago y se cercioraran de que nadie había seguido a Sínope, borrarán cualquier huella que delatara el camino hasta allí y, por encima de todo, estuvieran atentas por si divisaban algún escita. Después, dio media vuelta y se alejó dejando una estela de polvo de regreso al poblado. Sínope sintió que su corazón desfallecía, pues lo que había comenzado como una aventura podía convertirse en una pesadilla para su pueblo. Siguió la grupa del caballo de Eórpata hasta que, cabizbaja, superó la primera tienda. Debía dejar a Aure atada junto a los árboles en la zona de atrás del poblado, en la linde del bosque donde acumulaban la paja para los caballos, cerca de la franja de cultivo de hortalizas. Se fijó en los brotes verdes y lobulados que surgían a miles en las ramas de los robles. En otro momento, aquella visión le habría henchido de alegría el corazón. La actividad era la de un día normal en donde se repartían el trabajo por rotación. Algunas se ejercitaban en las prácticas de tiro con arco, en combates cuerpo a cuerpo o a espada; otras se dedicaban a la siembra y recolección de frutas y hortalizas, cuidado de animales y curtido de pieles; también, en menor número, empleadas a la manufactura de piezas y enseres; y, por último, al cuidado y educación de las niñas en sus primeros años. Todas se hallaban inmersas en sus tareas y bajaron la cabeza al verla pasar. El corazón se le contraía a cada paso. Cada vez resultaba más evidente que su pequeña escapada no había pasado desapercibida. Asumiendo el estado de ánimo general, caminó hasta la tienda que compartía con su madre y aguardó antes de entrar. Escuchó voces dentro y al poco apareció Eórpata con un aire de preocupación.

—La reina desea hablar contigo. Yo me quedo aquí. Espero que la diosa Artemisa nos ayude a ser comprensivas y tolerantes con tu inexperiencia.

Sínope tragó saliva y accedió al interior.

Su madre era una mujer alta y fornida, de cabello largo color fuego y complexión atlética. El paso del tiempo había sido bené-

voló con ella y la piel de su rostro todavía se mantenía tersa; sin embargo, para dar fe de su lucha, una cicatriz le cruzaba la cara sobre un ojo, desde la frente hasta la mejilla izquierda. Sus facciones eran duras, como grabadas por un cincel, para recordar a los enemigos la potencial violencia de sus actos. Se había ganado la admiración y el respeto de la tribu por el acierto en las decisiones y el valor y coraje demostrados en la defensa de sus hermanas. Todas la adoraban. Martesia no había deseado tener más descendencia y ella, su única hija, la había decepcionado. A Sínope le bastó con ver su rostro trastocado por una mueca de dolor para comprenderlo.

—Madre, no sé qué decir, no pensé que fuera a pasar nada.

—Todos los actos tienen consecuencias. Harías bien en grabar con fuego esa lección.

La reina se hallaba sentada en el sillón de las ceremonias, una silla de madera de tilo recargada con relieves que figuraban combates cuerpo a cuerpo con los griegos. Con aire abatido, sostenía su cabeza sobre un puño mientras la observaba con firmeza.

—¿Te encuentras bien?, ¿estás herida? —su voz sonaba distante.

—Estoy bien, madre, es solo que...

De repente, Martesia se puso en pie de un salto y se encaró a su hija.

—¡Es solo que te has puesto en peligro a ti y a todas nosotras!

Su mirada, habitualmente de un azul apagado, se hallaba encendida de reproches. El ceño fruncido, la musculatura tensa, las manos cerradas, oprimidas por una rabia contenida. Incluso la cicatriz que le cruzaba el rostro atravesando su ojo parecía haber cobrado vida propia tornándose más abrupta.

Sínope hincó una rodilla en el suelo y suplicó.

—Madre, ¿qué puedo hacer para remediar mi error? No deseo ningún mal a mis hermanas, ni a ti, pero necesito saber cuándo comenzará mi iniciación, cuándo podré contar con la sabiduría y la experiencia que se requieren para tomar mis propias decisiones.

La pregunta sacudió la conciencia de la reina. Todas las niñas eran iniciadas inmediatamente después del primer sangrado en el conocimiento del peligro que representan los hombres, a la vez que eran adiestradas para asegurarse la supervivencia. La voz le tembló.

—Sínope, hija mía, desvelo y gozo de mi corazón. Todo lo que debes saber llegará a su debido tiempo; no obstante, no hacer caso de las leyes nos pone a todas en peligro. Es mi deber y mi obligación que comprendas eso.

Sínope respondió con la mirada fija en el suelo arcilloso manteniendo la serenidad que su juventud le permitía.

—Madre, orgullo de mi sangre y maestra de vida. Las cosechas no siempre son favorables, las lluvias a veces son escasas y los animales, cuando enferman, no alcanzan para alimentarnos. Dependemos en exceso de los favores de la diosa Artemisa o del botín de alguna contienda, cuando no somos víctimas del pillaje. Las ancianas nos abandonan demasiado pronto y los recién nacidos no alcanzan para mantener la población y, de entre ellos, además, los varones son descartados y devueltos a sus padres o algo peor que desconozco. Solo me preocupa la continuidad de nuestra tribu, mi reina.

Turbada por la realidad que acababa de retratar su hija y que ella misma conocía tan bien, Martesia se acercó y le habló con un tono de voz cada vez más relajado.

—Es bueno que tengas esas preocupaciones. Si te haces merecedora y las demás te aceptan, tú serás la futura reina. No olvides nunca que el enemigo más cruel que conocemos, el más feroz y mortífero, es el hombre. Por eso no debemos abandonar solas el poblado y exponernos a los peligros que supondría toparnos con escitas, griegos, persas y toda una variedad de guerreros que solo ansían poseerte o matarte, tratarte como a una esclava o como a un simple cuerpo en donde saciar su hambruna. Tú, Sínope, naciste libre, igual que tus hermanas, y juntas debemos defender esta libertad al precio que sea. Solo los dioses pueden decidir cuál

será el destino de esta elección. Es nuestra decisión y son nuestras creencias las que nos han llevado hasta aquí, y por eso debemos preservarlas a costa de cualquier sacrificio.

Cuando Sínope se alzó para responder, Martesia observó que la mano de su hija ocultaba algún objeto.

—Lo sé, madre mía, soy muy consciente de ello gracias a tus enseñanzas, y es en lo que de verdad creo y en la forma que deseo vivir, pero dentro de mi corazón existe una duda que siento cómo crece día a día y hoy —bajó la mirada, temerosa—, es más fuerte que nunca y me hace pensar que no hacemos todo lo posible por una convivencia en paz.

—¿Qué escondes en tu mano, Sínope?

—Sé que mi acto de esta pasada noche no honra tu posición, y que seguramente ha sembrado de dudas a mis hermanas acerca de mi buen juicio, mas no me puedo engañar a mí misma si me hago preguntas que necesitan respuestas.

—Hija, en tu mano.

Sin hallar una mejor salida a su situación, Sínope decidió afrontar la realidad y confiar en sí misma. Se colgó el medallón del cuello y respondió como lo haría si fuera reina.

—Esta noche me he tropezado con un guerrero escita y me ha ofrecido este presente. No había odio en su mirada ni violencia en sus actos, ni siquiera ha osado tocarme. Tan solo he sentido curiosidad por su parte, y espero que él también por la mía. Y eso, creo, es mejor que matarnos mutuamente.

A medida que hablaba, el rostro de su madre se iba desfigurando. Al principio fue una mueca de sorpresa que enseguida se tornó en un rictus de decepción. Su cara se arrugó. Los ojos, clavados en la joya, casi habían desaparecido bajo unos párpados cada vez más cerrados. Los hombros tensos, la musculatura marcada como un relieve bajo la piel, las venas hinchadas. En un acto reflejo, la reina había asido con fiereza la empuñadura de su espada. Entonces habló con un hálito de voz, como si fuera su espíritu quien se expresara por su boca.

—No sabes lo que has hecho, hija. Que los dioses te perdonen y se apiaden de nosotras. —Su mirada, desvaída, se perdió en algún punto lejano—. Eórpata. ¡A mí, Eórpata!

La fiel custodia de los valores de la tribu, enemiga acérrima de los hombres y magnánima con las de su género, entró con la agilidad de un lince.

—Qué ordena mi reina.

Con una agitación jamás vista en su madre, Sínope sintió las palabras que pronunció como si le clavaran una daga en el pecho. Un dolor agudo e intenso le oprimió los pulmones hasta dejarla sin respiración cuando la reina ordenó:

—Convoca al Consejo con urgencia, una terrible amenaza se cierne sobre nosotras.

La manera en que Eórpata asumió el mandato todavía removió más la daga en su interior. Nunca había visto aquella mirada de frustración en los ojos de la heroína de su infancia, cuando le enseñaba todo cuanto sabía sobre el dominio de la espada y los trucos para defenderse y herir al contrario. Las dos mujeres que más admiraba mostraban una derrota sin lucha, la que procede del desencanto, y ella, inexperta e imprudente, era la causa de semejante pesar.

Eórpata desapareció para reunir a los miembros y Martesia todavía tuvo aliento para dirigirle una última voluntad.

—Acude ahora mismo a la hechicera, quiero que sea ella quien te inicie. Yo no puedo ahora, tengo tareas más importantes. —Sus ojos se habían empañado, pero continuaba apesando con rabia la empuñadura de su arma—. Espero que aprendas algo de esta lección y, sobre todo, de lo que se avecina. Tu vida dependerá de ello.

Sínope reflexionó al salir de la tienda a partir del efecto que el medallón había ejercido sobre su madre. La reacción que había provocado su escapada había sido como un enfado brusco al que sigue una reprimenda, pero convocar al Consejo era una medida inusual, solo considerada cuando se debían tomar decisiones trascendentes, cuando un terrible peligro o una gran desgracia ame-

nazaba a la tribu. Sin otra alternativa, caminó airada en dirección hacia la tienda de la hechicera. Tal vez ella sabría apaciguar con sus pócimas la fiera que la desgarraba por dentro, o quizá sabría explicarle al fin los misterios prohibidos de la iniciación para así poder disipar sus dudas. Ser mujer no le estaba resultando nada apacible, y su primera luna llena apuntaba de pleno hacia un fracaso, de no ser... Dejó volar la imaginación dibujando con trazos en el aire el contorno del joven guerrero tal como lo recordaba en la penumbra de la noche.

Bísbita era una anciana, la más sabia y experimentada de todas. Disfrutaba de una memoria prodigiosa que almacenaba cientos de remedios, de clases de plantas diferentes y la manera de tratarlas para conseguir el efecto deseado. Por fortuna para la tribu, traspasaba los conocimientos a su hija Avane y a sus discípulas; aun así, quien atesoraba mayor experiencia y sabiduría era aquella mujer de espalda y piernas arqueadas, de cabellos grises y lacios recogidos en una coleta perpetua, con una nariz tan chata y gruesa como una castaña y más arrugas en su cara que en la corteza del árbol de las ofrendas, tal vez, porque ambas acumulaban la misma edad. A pesar del respeto que inspiraba, siempre mantenía un rostro amable y sonriente que no se perturbaba ni en las peores circunstancias. Al entrar en la tienda, se anunció.

—Bísbita, reflejo de sabiduría, mi madre me envía a ti para que seas tú quien me inicie.

La mujer se hallaba encorvada sobre una mesa, entretenida en manipular hierbas que seleccionaba por sus propiedades para después ponerlas a secar al sol. Su misión del día consistía en almacenar las hojas enteras, trituradas o embebidas en aceites, en tarros de barro que se hallaban esparcidos por toda la estancia y que solo ella y a menudo también su hija Avane sabían identificar. Vestía una túnica de color púrpura hasta los pies, sujeta en la cintura por una faja de cáñamo de la que pendían pequeñas herramientas que usaba para el cultivo de plantas medicinales y otras aromáticas para condimento. A la altura de su vientre, ceñida por una cinta de cue-

ro que le cruzaba el pecho, llevaba su inseparable odre de agua con esencias estimulantes. No se volvió.

—Ah, eres tú, Sínope. Ya han llegado a mis oídos ciertos rumores y, ahora, la reina te confía a mí. —Lentamente, asió una vara que tenía sobre la mesa y la apoyó contra el suelo a la vez que dirigía su mirada cansada y gris hacia ella—. Ya hice esto mucho tiempo atrás, justo con una mujercita tan rebelde y valiente como tú.

Su voz todavía sonaba tierna y cantarina, si bien con el transcurso de los años se le había vuelto algo ronca y, en ocasiones, al pronunciar frases largas, le faltaba la respiración.

—¿Qué puedes ver de valiente en desobedecer una ley, Bísbita? La anciana musitó la respuesta.

—Si no hubiera tentativas, no habría hallazgos, y la vida se abre camino a base de experimentar.

Sínope no alcanzó a comprender el significado de las palabras de la anciana, pero aceptó con un movimiento de cabeza que su ignorancia quedaba tan lejos de los conocimientos de su tutora como las luces que brillaban de noche en el cielo lo estaban de ella.

—Siéntate y ponte cómoda, Sínope, hija de Martesia y futura reina si a Artemisa complaces. Lo que voy a explicarte bien lo merece.

La anciana se movió despacio, contorneando las caderas con dificultad al avanzar, y tomó asiento frente a ella en uno de los taburetes que abundaban en el interior. Al apoyar sus posaderas, exhaló un suspiro. Sus ojos se fijaron en el brillante medallón que Sínope exhibía. Se mantuvo pensativa un instante. Después, apoyó ambas manos sobre uno de los extremos de la vara, a la altura de su barbilla, y comenzó a hablar.

Bísbita le contó que la tribu no siempre había vivido en paz y armonía, bien al contrario, no mucho tiempo atrás, ellas o sus madres o las madres de sus madres habían sido víctimas de la barbarie que supone ser esclavas de los hombres.

—Los hombres no hacen otra cosa que hacer la guerra y matarse unos a otros. En cambio, las mujeres damos a luz a hombres,

a los que perdemos cuando nos los arrebatan para enviarlos a la guerra, y a mujeres, que son usadas para alumbrar a más hombres que a su vez alimentarán más guerras. Este es el ciclo y el orden que ellos establecen: la destrucción y la muerte. Nosotras, en cambio, construimos y creamos vida.

Continuó explicando que, desde tiempos remotos, el destino de la mujer había consistido en asegurar el linaje de los hombres. Le contó que, cuando a falta de guerreros solo quedaban en los poblados los débiles, estos eran pasto del pillaje de hordas de bárbaros. Entonces, niños y ancianos eran pasados a cuchillo y las mujeres, por la entropierna. En conclusión, el papel de la mujer en el mundo venía a ser la sumisión absoluta y sin remedio a la fuerza y voracidad del hombre.

—¿Y siempre ha sido así? —preguntó Sínope, admirada por los cuentos y leyendas que siempre explicaba la hechicera, aunque preocupada por la crudeza de su interpretación.

—No. Siempre, no. —Aclaró la garganta con un trago de agua—. Al principio de los tiempos, los dioses regalaron a la mujer valor, constancia y buena memoria; al hombre, fuerza y ambición. Yacían sin preocupaciones unos con otros, por puro placer, sin conocer las consecuencias; luego, las mujeres parían hijos, y estos eran considerados como un regalo de los dioses y los cuidaban y educaban y protegían entre todos. Hasta que un día descubrieron que los hijos eran fruto de sus relaciones carnales y que la descendencia era sangre de su sangre, rasgo de su rasgo, como un árbol de su semilla. En adelante, las mujeres fueron sometidas y consideradas una propiedad, un instrumento para asegurarse la descendencia, el linaje, a la vez que instrumentos para el goce de los hombres.

—Pero, Bísbita, no entiendo cómo las mujeres no se rebelaron y se unieron para defenderse.

La anciana sonrió y sus ojos se estrecharon en una delgada línea.

—Hija mía, eso es, precisamente, lo que hacemos nosotras.

La explicación complacía a Sínope, si bien su curiosidad era más fuerte que las leyendas.

—¿Y cómo sucedió el cambio? ¿Cómo se unieron? ¿Qué pasará en el futuro, quién vencerá?

Bísbita estalló en una carcajada que dejó en evidencia una boca huérfana de dientes. Dio repetidas palmadas sobre sus rodillas y, finalmente, concluyó:

—Yo ya he hecho lo que debía hacer, ahora te toca a ti continuar la historia.

—Sí, pero ¿cómo?

—Muy sencillo. Fíjate bien en cuanto te rodea y no olvides esto: valor, para tomar tus propias decisiones; constancia, para mantener viva la naturaleza de tus principios; y memoria, para aprender de aciertos y errores y no olvidarlos nunca. Cuando un árbol fecunda la tierra con su semilla, solo persigue su continuidad, nada más que la supervivencia de su estirpe.

—Gracias por compartir conmigo tu experiencia y tu sabiduría. —Sínope posó sus manos sobre las de Bísbita—. Si algún día soy madre, yo también haré lo mismo y le explicaré lo que un día me contó una vieja hechicera de pócimas secretas. —Ambas sonrieron—. Pero dime, ¿qué son esas historias que cuentan las guerreras al calor de la hoguera? ¿Qué hay de yacer con un hombre, de las pasiones de la carne?

—Pues ya que tu madre te ha enviado a mí para que te inicie en la vida de una mujer, te explicaré cosas que debes saber. No obstante, será mejor que mañana te unas al grupo que mi hija Avane comenzará a iniciar. —Carraspeó y tomó un largo trago de agua—. ¿Ya has comido esta mañana?

Sínope negó con la cabeza sin dar detalles de su reciente aventura.

La anciana se incorporó con un chasquido de huesos y le trajo una torta de trigo y un cuenco con leche de oveja, después se acomodó de nuevo sobre el asiento de madera y retomó la conversación. Primero le habló del cuerpo de la mujer, de sus zonas

erógenas, de la capacidad de obtener y compartir placer. Después, le describió con detalle el órgano reproductor masculino, cómo se alteraba, qué estímulos había que emplear y cuándo usarlos, cómo reconocer los puntos débiles de los hombres para poder someterlos al deseo de una mujer. Por último, le habló de los secretos y pasiones que pueden albergar las relaciones íntimas de cualquier género.

Afuera, una inusitada agitación les llamó la atención. Sínope se levantó y abrazó a la anciana.

—Gracias por tus enseñanzas, ahora debo irme a comprobar qué revuelo es este que he provocado.

—Una cosa más, mi niña. —Frunció el ceño mostrando un rostro serio, casi enojado—. Mejor que tu madre no vea ese medallón, ¿me harás caso?

—Lo haría si pudiera, Bísbita, pero ya es demasiado tarde para eso.

Abandonó la tienda de la hechicera con una extraña sensación. Durante la visita, no pudo alejar sus pensamientos de las consecuencias que el encuentro con el escita podían acarrear. Sentía una mezcla de temor y responsabilidad ante la primera decisión adulta que había tomado, la de alejarse por su cuenta y riesgo del poblado. Por nada del mundo deseaba atraer males a su pueblo. Tuvo en cuenta las palabras de Bísbita y ocultó el collar bajo la túnica. Solo quería saber qué estaba pasando y cuáles eran las decisiones que tomaría el Consejo. Advirtió que los ejercicios de entrenamiento habían cesado y que las recolectoras estaban de regreso con los cestos medio vacíos. Se unió a ellas. Vio a Danae y la llamó, pero la agitación y un murmullo creciente impidieron que la oyera. Sus hermanas se habían congregado alrededor de la tienda de las celebraciones, donde solían juntarse en los festejos de invierno y en donde también se tomaban las grandes decisiones. Allí, las mujeres de mayor edad se hallaban reunidas con la reina y las guerreras de más alto rango, las capitanas Eórpata y Atalanta. Se acercó para descubrir qué ocurría. Un rumor la alcanzó como un poderoso vendaval: ¡había que desplazar el campamento!

Ante el riesgo de un ataque inminente de los escitas, su peor enemigo, debían alejarse en dirección este. Semejante noticia representaba un descalabro para la tribu, desde la pérdida de las cosechas hasta la dificultad de encontrar un nuevo hogar con agua y suficientes árboles que les ofrecieran madera y refugio. Y lo peor era que nunca habían estado más allá del gran río. La realidad era compleja: escitas al norte y al oeste, griegos al sur, y una barrera infranqueable al este. Una vez más, Sínope sintió como si le clavaran una flecha en el pecho. Aquel infortunio sucedía por su culpa. Donde antes defendiera su decisión, ahora suplicaba que no fueran ciertas las premoniciones de su madre y que los dioses tuvieran clemencia de su pueblo. Las palabras de Bísbita acerca de los hombres todavía resonaban en su cabeza como los golpes de una tala de árboles. Si todo aquello era cierto, habían estado viviendo en un frágil equilibrio que ella acababa de romper. No era aceptable. No permitiría que eso sucediera, que nadie de su tribu sufriera ningún mal y, mucho menos, que fueran esclavizadas. Contagiada por la pesadumbre que flotaba en el ambiente como un mal augurio, corrió a refugiarse en su tienda. Por primera vez en su vida, no quería hablar ni ver a nadie.

Pese a ser la estancia de la reina, era un espacio diáfano y austero. Apenas había un par de camastros de paja y hojas secas cubiertos por unas pieles gastada por el roce; unos cuantos utensilios entre platos, vasijas y cuencos para la comida; unas cajas construidas con tallos de madera destinadas a guardar las armas, corazas y escudos de combate; y, por último, ropa y objetos personales. Sínope entró con los ojos húmedos y el corazón preso por la desazón. No lograba comprender lo que estaba ocurriendo y menos que fuera por su causa. El escita con quien tropezó viajaba solo y estaba convencida de que no la habría seguido hasta allí. ¿Dónde estaba el peligro? ¿Cómo podría convencer a su madre? Y lo más difícil, ¿cómo devolvería la calma a su pueblo?

Entonces, una chispa cruzó su mente. El medallón del guerrero había causado ira en su madre y, de hecho, todo se había complica-

do a partir de aquel instante. Bísbita también se refirió a él, como si algo maligno se ocultara tras aquella joya. Una vaga imagen merodeaba en sus recuerdos, pero no lograba vislumbrarla con claridad: en ella aparecía una insignia y su madre y el malestar de una traición, tal vez un embrujo, o la muerte. Se abalanzó hacia el arcón en donde su madre guardaba todas sus pertenencias y rebuscó en él. Hundió las manos entre las telas y pieles, entre sandalias y cinturones, entre tallas de madera y abalorios y, al fin, descubrió lo que buscaba. En el fondo, dentro de una pequeña cesta de mimbre, había una placa metálica envuelta en una tela blanca, no más grande que una ciruela, de forma circular y de plata, con el relieve de un hacha de doble filo en el centro.